

Estación terminal

Creo que no llego. Acelero el paso tratando de bajar los escalones con rapidez.

Esquivo a la gente que, sin prisa, se resigna a esperar el próximo subte.

Al escuchar el silbato del conductor, comienzo a recordar la infinidad de veces en que las puertas se cerraron en mis narices o aquella vez en que casi me atrapan mortalmente. Esa horrible sensación me convence de desistir en mi intento y cierro los ojos concentrando mis energías en elaborar una excusa creíble para interponer ante la ira de mi jefe.

Llamativamente, al llegar al andén, descubro que el subte todavía no partió y que sus puertas abiertas del primer vagón aún me invitan a viajar. Dudo un instante, por temor a hacer el ridículo ante los pasajeros que suelen entretenerse observando los vanos intentos desesperados de los que quieren entrar a su vagón. Pero, finalmente, confío en mi suerte y, simulando actuar con naturalidad, casi con despreocupación y lentitud, me aproximo a las puertas del vagón, alcanzando a cruzarlas un instante antes de que se cierren y se ponga en marcha la formación.

Con una sonrisa interior, ignoro las miradas de los demás pasajeros ante el “recién llegado”.

Pienso que es una buena manera de empezar la mañana y que, tal vez, si camino lo bastante rápido, pueda cumplir el horario de entrada de la oficina.

Un poco más relajado, observo el vagón, buscando un lugar tranquilo donde ubicarme para leer sin ser interrumpido con el incesante desfile de pasajeros que se produce en cada estación.

Afortunadamente, hoy el subte no está lleno y, si bien no hay asientos disponibles, no me cuesta mucho encontrar un rincón donde acomodarme.

Trato de concentrarme en el libro, pero todavía me parece percibir las miradas de los demás pasajeros. Deben ser ideas de mi mente que aún se encuentra un poco agitada.

Seguramente soy yo, que emprendí el día un poco acelerado, pero podría jurar que el subte se desplaza con una lentitud que exaspera.

Voy a intentar distraerme un poco observando los pasajeros, para ver si ellos también notaron lo mismo.

Comienzo a levantar la vista del libro, buscando en los rostros algún signo de preocupación o fastidio, pero, extrañamente, me encuentro con un pasaje diferente al habitual en una mañana de día laborable.

Noto, con curiosidad, que soy uno de los pocos que visten de traje y que si, bien hay cierto predominio de personas ancianas, puedo observar algunos niños mezclados entre los pasajeros.

Decididamente, ninguno de ellos parece advertir la mínima velocidad a la que marcha el tren.

No es que uno se quiera arrogar el conocimiento acabado acerca de la gente que debe haber en un subte matinal, pero, luego de varios años de repetir la misma rutina diaria, uno comienza a familiarizarse con las distintas características de los pasajeros que se repiten día a día.

Gradualmente, percibo que el subte va deteniendo su marcha en un tramo del túnel cuando todavía no hemos llegado a la primera estación. Mis esperanzas de llegar puntualmente se van disipando con desgano y resuelvo acomodarme mejor en el rincón donde estoy leyendo, por las dudas que la detención sea prolongada.

Evidentemente, a la gente que viaja en mi vagón parece significarle absolutamente lo mismo que el subte se demore, ya que se percibe cierta apatía y desinterés en su mirada.

La lectura del libro se torna un poco monótona. El silencioso encierro y la luz tenue del vagón conspiran para que mis sentidos comiencen a adormecerse lentamente.

Resignado a la demora, todavía siento cierta incomodidad al observar a los pasajeros; desde una anciana que no deja de clavarme su mirada con tristeza hasta un niño que me esquivo deliberadamente cuando poso mi vista sobre él. Por lo tanto, doy permiso a mis ojos para que se cierren, tratando de articular algún pensamiento placentero que ayude a mitigar el retraso.

Unos minutos después, aunque no podría asegurar cuantos, comienzo a abrir los ojos y tomo noción de que el subte ha retomado su lenta marcha por el oscuro paisaje del túnel. Casi podría jurar que mi mente recuerda a los pasajeros sentados en otras ubicaciones, pero lo asocio con el cansancio y la falta de concentración típica de un lunes a la mañana.

Al advertir que los carteles indicadores del vagón no están funcionando con normalidad, me surge la duda acerca de entre cuáles estaciones nos encontramos, por lo tanto me acerco a preguntarle a una joven que se encuentra sentada a mi izquierda.

—Discúlpeme ¿Cuál es la próxima estación?

Ella levanta su rostro y puedo observar algo extraño en su mirada. Percibo cierta dosis de frialdad y ausencia, que me obliga a desviar la vista.

Espero en vano su respuesta, lo cual me hace imaginar que acerté (irónicamente) en recurrir a alguien con algún impedimento para hablar o que simplemente no le interesa contestarme.

Vuelvo a mi lugar descartando la idea de preguntarle a otra persona, avergonzado por no haber recibido respuesta, y pienso que me enteraré en unos segundos, en cuanto arribemos a la estación.

Este es uno de los momentos en el cual me arrepiento de no usar reloj, porque me permitiría tener una idea del tiempo que llevo aquí dentro.

Observo por la ventanilla hacia el túnel, buscando algún rastro de luz que anuncie la proximidad con la estación, pero mis ojos encuentran una sucesión de oscuridad infinita.

Los minutos desfilan, interminables, pero la estación no aparece.

¿Acaso nadie se impacienta?

Camino decidido hasta el extremo del vagón para intentar observar la cabina del conductor, pero compruebo, para mi sorpresa, que la misma se encuentra vacía. Seguramente estos nuevos trenes contemplarán la opción de ser manejados desde el último vagón.

Súbitamente, ya decidido a ignorar las miradas inquisidoras de los pasajeros que me acompañan, se me ocurre tratar de ver las reacciones del vagón vecino, para lo cual me dirijo resueltamente hacia la ventanilla del fondo.

La sorpresa y el terror me invaden por igual al comprobar que este es el único vagón en el túnel.

Rápidamente, me doy vuelta decidido a alertar al resto de los pasajeros, pero ellos solo me devuelven sonrisas apagadas, miradas amargas y rastros de desolación.

FIN

Postafacio:

Idea embrionaria de fines del 2002 que desembocó finalmente y con muchas mutaciones en el cuento "Extraño Bs. As.". Pensado como novela, llegué a escribir diez capítulos. Parte de eso lo apliqué en "Recuerdos Puntuales". Imaginando la vía eterna, lo leería con "Tren al sur" por Lucybell como música de fondo.